

LAS HEGEMONÍAS DE GRAN BRETAÑA Y ESTADOS UNIDOS, Y EL TERCER MUNDO*

Eric Hobsbawm**

I. LA ERA DE LA HEGEMONÍA BRITÁNICA

Mi charla es sobre las relaciones entre los Estados Unidos y el Tercer Mundo desde el final de la Guerra Fría. Éstas sólo pueden ser entendidas en el contexto de una larga historia entre los países occidentales o del centro del sistema mundial, y la periferia. Esa historia, en efecto, comienza a fines del siglo XV cuando los Estados europeos, después de un milenio de estar a la defensiva contra invasores de Asia y África, empezaron su propia era de conquista mundial.

Esa conquista no estuvo fundada, al menos durante algunos siglos, en una mayor riqueza o en una abrumadora superioridad técnica, aunque las innovaciones científicas y técnicas en algunas regiones de Europa occidental eran ya más dinámicas y, en algunos aspectos, más avanzadas que en cualquier otro lugar. Así lo reconocieron los chinos cuando los jesuitas llegaron a fines del siglo XVI. Ciertamente, la enorme brecha entre el producto interno bruto per cápita en Occidente y algunos de los países no occidentales sólo ha

existido desde el siglo XIX, de acuerdo con los cálculos de Bairoch.

La superioridad inicial de los conquistadores fue marítima y militar, aunque la militar era aún limitada. La única región de tamaño significativo conquistada por los europeos en ultramar fue América, donde, por razones que no nos interesan aquí, los imperios locales fueron incapaces de resistir. En Asia y en África los europeos sólo pudieron establecer su control sobre algunos puertos hasta mediados del siglo XVIII, y eso sólo en regiones donde no confrontaron estados, eficaces de cierto tamaño. En tales Estados, como en China y Japón, sólo pudieron establecer puestos de intercambio con permiso de las autoridades locales. En resumen, en los primeros dos siglos y medio, la expansión europea tuvo éxito en gran medida debido a que, por razones políticas, las zonas afectadas no se opusieron. La relativa debilidad de los imperios europeos queda demostrada por su incapacidad para controlar los movimientos de independencia que se desarrollaron en América; tanto en el Norte como en América Latina los Estados europeos no resistieron mucho tiempo¹.

Sin embargo, la clara superioridad técnica, económica y, por lo tanto, militar del centro sobre la periferia se incrementó enormemente en el siglo XIX, gracias a las denominadas "herramientas del imperio" -cañoneras, ametralladoras, artillería mejorada- y a la construcción de una infraestructura mundial de apoyo a la supremacía marítima de Occidente. En el siglo XIX

* Conferencia dictada en el New School for Social Research, Nueva York en noviembre de 1997 y cedida en exclusiva para Análisis Político. Traducida por Mauricio Romero, investigador asociado al Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia, y Andrés López Restrepo, profesor del mismo Instituto. Títulos agregados por los traductores.

** Historiador, profesor emérito de historia del Birkbeck College de la Universidad de Londres y profesor emérito de política y sociedad en el New School for social Research de Nueva York.

¹ Los británicos reconocieron estas limitaciones rápidamente, por lo que no hicieron intentos serios por reconquistar a los Estados Unidos pese a su victoria en la guerra de 1812-13, y decidieron abstenerse de las intervenciones militares directas en las ex colonias españolas, aún en la región del río de la Plata.

casi toda esta infraestructura estaba en manos de Gran Bretaña, que era entonces la economía hegemónica y la principal potencia mundial. La superioridad militar aumentó de forma aún más dramática en el siglo XX, especialmente después de la era de las guerras mundiales.

Déjenme considerar brevemente las implicaciones políticas de esta superioridad militar. **Primero**, significó que los Estados del centro pudieron tener un acceso fácil y rápido al mundo dependiente, pero no lo contrario. Gran Bretaña pudo ejercer la diplomacia de las cañoneras contra China, pero China no pudo hacer lo mismo contra Gran Bretaña. En el presente los Estados Unidos pueden tener acceso a Iraq, pero no al revés. **Segundo**, ha supuesto que el Primer Mundo gane las batallas en casi todos sus conflictos armados con el Tercer Mundo, generalmente de manera muy fácil; sin embargo, los poderes del Primer Mundo no han triunfado necesariamente en esas guerras, a menos que se tratase de guerras contra los gobiernos locales. Siempre fue difícil enfrentar y algunas veces fue imposible derrotar permanentemente la resistencia guerrillera en áreas con condiciones geográficas adversas -las montañas Atlas en el norte de África, Kurdistán, Afganistán-. El más lúcido de los poderes imperiales, Gran Bretaña, desistió de sus intentos por ocupar y administrar de manera permanente áreas como la frontera noroccidental de la India, y después de la Primera Guerra Mundial optó por controlarlas mediante bombardeos aéreos periódicos, como hizo en Kurdistán. **Tercero**, la superioridad militar ha tenido como resultado una enorme e insuperable inferioridad política de los Estados del Tercer Mundo, grandes o pequeños, en relación con los del Primer Mundo, como lo demuestran las relaciones entre Estados

Unidos y México, y entre la Gran Bretaña y China hasta 1949. La única forma en que los Estados del Tercer Mundo pueden escapar a esta situación es imitando exitosamente a Occidente. El único estado que hasta el momento lo ha conseguido es el Japón, que ahora hace parte del sistema global de poder. El **cuarto** punto es que los Estados del Tercer Mundo, o el Tercer Mundo como un todo, pueden contrarrestar su permanente inferioridad sólo con el apoyo de una de las grandes potencias del sistema mundial. Esta fue la función de la Unión Soviética durante la Guerra Fría. El caso extremo es Cuba, la cual sobrevivió como un régimen comunista a 70 millas de Key West, gracias al apoyo directo de los soviéticos. El final de la Guerra Fría eliminó este contrapeso al poder del mundo desarrollado en general, y al de los Estados Unidos en particular.

II. HEGEMONÍA POLÍTICO-MILITAR Y SUPERIORIDAD ECONÓMICA

¿Qué tanto ha tenido que usar el Primer Mundo su superioridad militar y política? ¿Acaso no podía confiar en las abrumadoras ventajas de su mayor riqueza y desarrollo económico, las cuales se han incrementado dramáticamente, especialmente durante la era de la Guerra Fría? Así lo hizo en el siglo XIX y en buena parte del XX. Bien sabemos que después del final, o de la retirada, de los antiguos imperios de los siglos XVI a XVIII, el dominio económico del Primer Mundo se incrementó, aunque durante la mayor parte del siglo XIX disminuyeron los incentivos por transformar las áreas del mundo subdesarrollado en *colonias*. Hubo algunas excepciones notables²,

² Las principales fueron los Estados Unidos, Francia, los Países Bajos y la India británica. Estados Unidos estuvo, casi por definición, comprometido con la expansión territorial, y por

pero, como el ejemplo de Gran Bretaña muestra, la explotación puramente económica del Tercer Mundo no requirió ocupación directa, por lo menos en ausencia de otro competidor occidental. Este fue el "imperialismo del comercio libre" sobre el que tanto se ha escrito. Por supuesto Gran Bretaña mantuvo una red mundial de bases estratégicas, o de bases necesarias para mantener la red marítima internacional que controlaba. A primera vista, la situación actual de los Estados Unidos parece similar; sin embargo, espero mostrar que hay diferencias fundamentales.

Desde mi punto de vista, el resurgimiento del colonialismo a finales del siglo XIX, el llamado "nuevo imperialismo", fue debido principalmente a la competencia entre Estados occidentales rivales. Sin embargo, es importante recordar que este fue un período en el que, por razones económicas y técnicas, adquirió importancia -y, desde luego, aún la sigue teniendo- un conjunto de materias primas y productos provenientes del Tercer Mundo, tales como petróleo, metales no ferrosos, caucho y algunos alimentos tropicales. Estos bienes atrajeron la atención de las empresas occidentales y, dado que algunos tenían importancia estratégica, de los gobiernos. Con todo,

eso chocó con su vecino pobre y más atrasado del sur (la guerra con México). En cambio, las disputas limítrofes con el otro país desarrollado de América del Norte, la Gran Bretaña (en Canadá), fueron negociadas a través de medios diplomáticos pacíficos. Francia, por razones de política doméstica, se comprometió a la conquista de Argelia, en el sur del Mediterráneo, un área también usada posteriormente para la migración europea. Los Países Bajos y Gran Bretaña, o mejor, las Compañías de las Indias Occidentales Británica y Holandesa, habiendo establecido una base territorial en India e Indonesia, se vieron obligadas, por razones de política local que no nos interesan aquí, a crear grandes colonias a partir de esas bases.

esto no *necesariamente* requirió una ocupación colonial, y en cualquier caso, la división del mundo en colonias estuvo confinada en su mayor parte a África y el Pacífico. América no fue afectada, como tampoco el Asia continental no conquistada previamente, a excepción de la zona del Asia del este donde tuvo lugar la expansión territorial japonesa desde principios del siglo XX.

Si miramos con perspectiva histórica, podemos ver que esta nueva era de colonialismo (de imperios que insistieron en ocupación y en administración directa) resultó ser relativamente corta. Fue una moda temporal, durante la cual aún potencias que nunca habían buscado colonias obtuvieron su parte, como por ejemplo Alemania y Estados Unidos. Todo esto ocurrió en el espacio de una vida humana, como la de Winston Churchill, quien vivió entre 1874 y 1965. Desde la revolución industrial, el capitalismo ha requerido la creación de una economía mundial dominada por los centros de acumulación de capital, pero no *necesariamente* precisa colonias formales. A propósito, la discusión sobre la rentabilidad del colonialismo continúa preocupando a los historiadores hasta la fecha.

En este punto un desarrollo reciente, históricamente hablando, ha introducido un elemento nuevo. En el último cuarto del siglo XX el centro de gravedad de la economía mundial, ahora cada vez más globalizada, comenzó a desplazarse desde los países capitalistas originales hacia el Tercer Mundo, lo que ha sido particularmente notable en el caso de la industria manufacturera. Y desde el abrupto ascenso de la economía japonesa y la crisis del petróleo de los años 70, la acumulación nativa de capital fuera de Europa y América del Norte ha sido mucho más dinámica que en el pasado. Incluso Japón, que era una

gran potencia militar desde los inicios del siglo XX, no proporcionaba más del 5% del producto industrial mundial hasta los años 70. Este cambio fue acelerado por el enorme y rápidamente creciente diferencial de ingresos entre el Primer Mundo y el Tercero, lo cual estimuló la transferencia de la producción intensiva en mano de obra desde las regiones de altos salarios hacia las de bajos salarios. Esto reforzó la desindustrialización de las regiones manufactureras pioneras del Primer Mundo.

Así, en términos económicos, ya no es posible dividir la economía internacional simplemente entre un Primer Mundo que comprende los países industrializados que generan y comercian entre sí la mayor parte del producto manufacturero, y un Tercer Mundo que se vincula con el Primero mediante la producción de materias primas y cuyo sector industrial atiende en su mayor parte al mercado interno gracias a la sustitución de importaciones³. En el presente, el Tercer Mundo incluye las economías que se están industrializando más rápidamente y las industrias más orientadas a la exportación. Para citar tan sólo un ejemplo, a fines de los años 80 más del 37% de las importaciones de los Estados Unidos venían del Tercer Mundo, y casi un 36% de sus exportaciones tenían como destino a éste.

Por lo tanto, la superioridad económica del Primer Mundo ya no se debe a que está más industrializado, o sus economías más "avanzadas", con una excepción: el Primer Mundo todavía efectúa la casi totalidad de la investigación y el desarrollo científico y

tecnológico⁴. Fuera de esto, su superioridad se debe a que opera al estilo de un conglomerado económico-financiero en lugar de hacerlo como una planta productiva: el Primer Mundo es sede de las oficinas centrales de la mayoría de las grandes corporaciones transnacionales, que en la actualidad constituyen una parte tan sustancial de la economía mundial, con todas sus dependencias locales y subsidiarias. Ha tenido además la habilidad de establecer el marco de la economía mundial y sus instituciones, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, las cuales controla. Y su inmensa riqueza le garantiza el control tanto sobre la mayor parte de la oferta de capital disponible para la inversión mundial, como sobre sus flujos.

Al mismo tiempo, esa superioridad económica hace al Primer Mundo más dependiente. Desde el punto de vista de la economía, hoy es más importante que antes tener algún grado de control político. Esto es particularmente notorio para los Estados Unidos, la potencia hegemónica del capitalismo actual. Su desarrollo económico se apoyó en el mercado doméstico hasta después de la Segunda Guerra Mundial. La protección de la industria de los Estados Unidos de la competencia extranjera fue tradicionalmente mucho más importante para la economía estadounidense que el libre-comercio y la promoción de exportaciones. Aunque sectores particulares de su industria y sus finanzas estuvieron profundamente involucradas en algunas regiones del Tercer Mundo - por ejemplo, la United Fruit-, la economía de los Estados Unidos como un todo no dependía sustancialmente de sus lazos con el Tercer Mundo, a

³Dejaré de lado las economías incluso más cerradas del Segundo Mundo socialista, las cuales han dejado de existir, como la Unión Soviética, o han cambiado sus políticas, como China.

⁴ Incluso en este fin de siglo el número de asiáticos y latinoamericanos que han ganado el premio Nobel en ciencias es reducido, y de éstos, varios han trabajado o están trabajando en Europa y los Estados Unidos.

diferencia de la Gran Bretaña, la potencia hegemónica en el siglo XIX. Esto me lleva al tema específico de esta charla, la posición internacional y las políticas de los Estados Unidos desde el fin de la Guerra Fría.

III. LA HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE DE FINES DEL SIGLO XX

A. Características de la hegemonía estadounidense

La posición de los Estados Unidos no tiene precedentes. Es la única potencia con intereses globales y la única potencia mundial. Gran Bretaña ocupó una posición similar como la única potencia con intereses globales en el siglo XIX, cuando los demás Estados, incluyendo los Estados Unidos y Japón, tenían a lo sumo intereses regionales. Sin embargo, en términos político-militares la Gran Bretaña era una de varias grandes potencias, aunque aventajó a todas las demás hasta el siglo XX en un aspecto: su armada era muy superior, y sólo cuando otros poderes empezaron a construir armadas fuertes propias, especialmente Estados Unidos y Japón, el poder naval sumado de las demás potencias fue tan grande como el británico. La posición de los Estados Unidos, en términos relativos y absolutos, es mucho más fuerte. No existe la posibilidad de que en el futuro próximo otra potencia compita con su arsenal nuclear y su poderío aéreo. Desde el colapso y desintegración de la Unión Soviética, no hay otro Estado o combinación de Estados que sueñe siquiera con retar a Estados Unidos en términos militares.

Es importante, por tanto, comparar estas dos hegemonías. Yo observo tres diferencias mayores, las cuales están conectadas entre sí. En primer lugar, los Estados Unidos, a diferencia de la Gran

Bretaña del siglo XIX (pero al igual que la Francia revolucionaria y la Unión Soviética), es un imperio ideológico. Quizás por esta razón, el imperio estadounidense, a diferencia del británico, aspira a la transformación del mundo a su propia imagen y semejanza. Esto coexiste en la práctica con su dominación mundial políticomilitar. Los Estados Unidos es un Estado de tamaño casi continental que posee la maquinaria productiva y militar más poderosa del globo, y es el único poder mundial en la actualidad. Por ello ha caído en la tentación de procurar el control, no sólo económico, sino también político. Así, pese a que en la actualidad el libre comercio mundial favorece a los Estados Unidos, su posición básica sigue siendo proteger e impulsar el capitalismo estadounidense por medio de la acción política. Los Estados Unidos tienen además una larga historia de intervención militar en el extranjero, a diferencia de Gran Bretaña en el siglo XIX.

Los días de la *Pax Britannica* fueron distintos. Como Gran Bretaña era un país relativamente pequeño, no pudo darse el lujo de la megalomanía. Por ejemplo, su política europea fue la del "equilibrio del poder", pues no pretendió convertirse en la potencia europea más poderosa pero veló para que los Estados más fuertes siempre estuvieran en conflicto unos con otros, mientras permanecía fuera de las disputas. Como pioneros exitosos de la economía industrializada global, los británicos tenían una enorme confianza en su sistema económico, tanto que adoptaron unilateralmente el libre comercio y lo mantuvieron por casi un siglo, aún cuando ningún otro Estado se les unió; esta política fue muy beneficiosa para una economía que se apoyaba sobre los intercambios con el Tercer Mundo. También estaban convencidos de que su sistema político

era superior a cualquier otro, pero no consideraron que pudiese servir de modelo para los demás países. Los franceses y los estadounidenses nunca serían como ellos, lo cual era duro de aceptar pero inevitable. Los rusos estarían mejor con leyes estables y libertades civiles, pero aún así permanecerían demasiado no británicos. En relación con el Tercer Mundo, los británicos creían, principalmente sobre la base de su experiencia como gobernantes de India, que la mayoría de sus habitantes estaban incapacitados permanentemente para la libertad. La Gran Bretaña del siglo XIX se convirtió en modelo en ciertos aspectos, no porque fuese su intención sino porque fue imitada. Así ocurrió en los casos de la moda para hombres y de casi todos los deportes practicados internacionalmente, los cuales eran de origen británico.

La llamada *Pax Britannica* fue, por tanto, bien diferente de la *Pax Americana* de Washington, excepto en que la armada británica, en sus días de supremacía, asumió la responsabilidad principal en la vigilancia marítima internacional de actividades tales como la piratería y, luego de que fuera prohibido, el comercio de esclavos. Gran Bretaña reconoció sus limitaciones. Ningún secretario de asuntos exteriores británico, ni siquiera Palmerston, hubiera dicho sobre cualquier parte del mundo lo que el secretario de Estado Olney dijo acerca del hemisferio occidental en 1895, y cito:

Estados Unidos es hoy prácticamente soberano en este continente y su mandato es ley para los súbditos comprendidos en sus límites. ¿Por qué?... Porque además de las otras causas, sus recursos infinitos, combinados con su posición aislada, le permiten dominar la situación y ser prácticamente invulnerable frente a una o a todas las otras potencias.

Gran Bretaña no se hizo responsable de estabilizar o cambiar el mundo, claro está que la situación mundial entre 1815 y 1914 se ajustaba en buena medida a sus intereses. Y ni siquiera mostró entusiasmo por la intervención directa en los asuntos de miembros reconocidos del sistema de Estados de Occidente para apoyar a sus hombres de negocios⁵. La política de los Estados Unidos, por el contrario, ha sido consistentemente intervencionista, primero en el hemisferio occidental, luego globalmente. Gran Bretaña tuvo muchas colonias, pero no Estados satélites, excepto durante lo que ha sido llamado "el momento británico en el Medio Oriente", entre 1918 y 1958. Estados Unidos tuvo pocas colonias pero aspiró a un sistema de Estados satélites. En este sentido podemos observar que la forma de operación característica del servicio de inteligencia estadounidense, la CIA, combina específicamente inteligencia con acciones encubiertas.

En segundo lugar, según hemos visto la política de Estados Unidos, primero en el hemisferio occidental y luego globalmente, se ha basado en el supuesto de su poderío abrumador, tanto económico como técnico-militar, en su área de influencia. Un poder que ha estado dispuesto a usar siempre que sea necesario y el cual requiere cierto grado de *acatamiento* público por parte de los otros Estados que no fue usualmente demandado por las potencias precedentes, acostumbradas a las convenciones o estilos de la diplomacia. "Para Washington", se ha dicho a propósito de la Ley Helms - Burton, "el comportamiento más adecuado parece que consiste en tratar de guiar al mundo arrogantemente, sin consideración con las tradiciones

⁵ El punto de vista de Palmerston era que los hombres de negocios británicos sabían los riesgos que estaban corriendo cuando invertían en lugares como México.

internacionales"⁶. El supuesto claramente implícito en la Ley Helms-Burton es que Estados Unidos es tan indispensable para el resto del mundo que puede usar su poder para chantajear a otros Estados con el fin de que, aún en *sus propios territorios*, se ajusten a las políticas estadounidenses.

Todo esto fue justificado en la Guerra Fría por el peligro soviético, y fue aceptado por los aliados y satélites de los Estados Unidos como el precio necesario de mantener feliz a Washington. Reconocida de manera oficial aunque formalmente indirecta, la intervención en los asuntos internos de otros Estados devino normal -uno piensa en Centroamérica, África desde los años 60, Asia occidental-, transgrediendo así el principio legal de no intervención que había sido establecido desde la Primera Guerra Mundial. Esto explica, sin duda, por qué Estados Unidos justifica la mayoría de sus intervenciones, aún en casos poco verosímiles como Granada, en términos de "defensa propia". Pero, ¿cuál es la situación actual? El historial del intervencionismo estadounidense desde que Gorbachev demostró que la Unión Soviética no era más un peligro es sorprendentemente activo: Panamá en 1989, la Guerra del Golfo en 1991, Haití en 1994, y varias operaciones con objetivos humanitarios o de pacificación en las que participaron fuerzas estadounidenses, desde Liberia y Somalia hasta el Kurdistán iraquí y Bosnia.

De hecho, "una dependencia continua en la intervención militar como la respuesta estadounidense última"⁷ es

obvia. ¿Por qué? Porque otros medios de afirmar la influencia política estadounidense se han vuelto menos efectivos, y porque la necesidad actual de una constante afirmación de su supremacía se ha incrementado. La ayuda económica estadounidense ha declinado abruptamente, en particular desde la Ley Graham-Rudman-Hollings de mediados de los años 80, y con ella un mecanismo tradicional de influencia sobre otros estados⁸. Las sanciones económicas, a las cuales los Estados Unidos han sido tan adeptos, han tenido un éxito decreciente desde principios de los años 70, posiblemente porque la economía de los Estados Unidos ha disminuido su participación en la economía mundial, o porque las sanciones simplemente no sirven para lograr objetivos específicos como el respeto por los derechos humanos o el control del tráfico de drogas. Las acciones paramilitares y encubiertas han tenido resultados inciertos, pues aunque indudablemente han sido muy efectivas para acosar y perturbar el funcionamiento normal de gobiernos no aprobados por los Estados Unidos - Angola es un triste ejemplo-, son en la actualidad menos efectivas para derrocar gobiernos hostiles de lo que lo fueron en los años 50. En todo caso, no son un arma que pueda ser usada unilateralmente pues requieren de otro Estado aliado en la región⁹.

Interamerican Studies and World Affairs, vol. 39, No. 2, verano de 1997, p. 202.

⁸ Es poco claro hasta qué punto esa ayuda permite conseguir influencia: Estados Unidos no ha tenido mucho éxito en relación con el problema palestino-israelí pese a que Israel recibe más ayuda bilateral estadounidense que el conjunto de los 9 países receptores siguientes, con excepción de Egipto, que fue sobornado para que aceptara el acuerdo de paz de Campo David, a cambio de un subsidio que equivale a dos terceras partes del recibido por Israel.

⁹ W.P. Schraeder (ed.), *Intervention in the 1990s: US Foreign Policy in the Third World*, 2a. ed., 1992, p. 149.

⁶ Joaquinay, "The Helms-Burton Law", en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 39, No. 3, otoño de 1997, p. 78.

⁷ R. Downs, "The Impact of the End of the Cold War on Interamerican Relations: the Search for Paradigm and Principle", en *Journal of*

En tercer lugar, la misma globalización de la economía hace que las actividades de las firmas estadounidenses -o para el caso, de las firmas transnacionales de cualquier país- dependan de la buena voluntad de las autoridades del país en los cuales operan. Los bancos suizos lo están descubriendo en el presente, cuando la presión política exige su boicot por parte de las autoridades de los Estados Unidos -principalmente estatales y locales-, en tanto no clarifiquen su papel en relación con el dinero decomisado a ciudadanos judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Si la Ley Helms-Burton puede prohibir el ingreso a territorio estadounidense de cualquier extranjero que represente a una empresa que realiza negocios con Cuba, otros Estados pueden hacer algo similar. Lo mismo ocurre en otros contextos. El tráfico aéreo internacional, y por lo tanto las actividades de las aerolíneas estadounidenses, depende de si los Estados ponen sus aeropuertos a disposición de los transportadores extranjeros, como demuestran las actuales negociaciones entre la Unión Europea y los Estados Unidos sobre el número de mostradores del aeropuerto de Londres que deben ceder British Airways y American Airlines si deciden asociarse. Esto es especialmente importante para un país tradicionalmente proteccionista preocupado por proteger y aumentar la participación de sus exportaciones en el mercado mundial, como lo manifiestan las presiones de Estados Unidos sobre Japón para que abra sus mercados a las firmas estadounidenses. Por supuesto Estados Unidos se cuida de amenazar con, y menos aún de ejercer, presión militar sobre Estados que no son considerados como adversarios potenciales o que son demasiado débiles, aunque sea útil que todos sepan quién tiene lo que Theodore Roosevelt llamó "el gran garrote".

Así, desde finales de la década del 80 Estados Unidos ha desarrollado una doctrina sistemática de "conflicto de baja intensidad" para la era de la pos-Guerra Fría. Este conflicto ya no hace parte de una guerra global pero aún determina la intervención armada, no sólo de los aliados de los Estados Unidos, sino también de las mismas fuerzas estadounidenses. De hecho, el que hayan prácticamente desaparecido las posibilidades de que un conflicto de baja intensidad provoque una guerra mundial, elimina algunas de sus restricciones. La Guerra del Golfo Pérsico no hubiera sucedido si la Unión Soviética hubiera existido todavía. En palabras del presidente Bush, "nosotros y nuestros aliados debemos construir una estrategia común de estabilidad para el mundo en desarrollo" -y afirmó, que las amenazas a la estabilidad eran "las insurgencias, el terrorismo y el narcotráfico". Esto requería, en palabras del secretario de Defensa Richard Cheney, "apoyarse mucho más en fuerzas móviles, de rápida disposición, bien equipadas y con la capacidad de desplegar un amplio poder"¹⁰. Desde entonces hemos visto varios ejercicios, planeados como espectáculos dirigidos a crear una fuerte impresión, de la capacidad de los Estados Unidos para intervenir al instante en cualquier parte del mundo, sin importar su distancia: el Golfo, Somalia, Bosnia, y más recientemente en Tayikistán (¿o fue en Uzbekistán?).

B. Límites de la hegemonía estadounidense

El punto anterior nos lleva a la pregunta principal: ¿Qué puede lograr esta hegemonía militar global y qué no? Concluiré esta conferencia con algunos comentarios sobre esta pregunta.

¹⁰ Michael T. Klare, "The Development of Low-Intensity-Conflict doctrine", en W.P. Schraeder (ed.), op.cit., pp. 36-53.

Primero, hay una creciente desproporción entre los recursos de los Estados Unidos y el tamaño y los recursos del mundo que domina. Esto no significa que Estados Unidos sufra, o vaya a hacerlo en el futuro, de lo que Paul Kennedy llamó "sobredimensionamiento imperial". Desde el fin de la Guerra Fría Estados Unidos no tiene rivales militares, y en ausencia de riesgo de un conflicto mayor, es probable que su economía pueda mantener esa supremacía militar sin ningún esfuerzo especial. Esa superioridad militar no tiene rivales. Sin embargo, Estados Unidos contiene aproximadamente un 5% de la población mundial, y una proporción decreciente -en la actualidad entre un 10 y un 20%- del producto industrial mundial. Esencialmente, por lo tanto, Estados Unidos no está en mejores condiciones para "controlar" el mundo que Gran Bretaña en el siglo XIX. Puede contribuir a mantener la estabilidad, pero no puede imponerla. El gran peligro es que, como vencedor de la Guerra Fría y la única potencia mundial existente, Estados Unidos no tiene la conciencia de sus propias limitaciones que salvó a los británicos de la megalomanía¹¹.

Segundo, aún aceptando su fortaleza, Estados Unidos por sí solo apenas puede ejercer un poder relativamente modesto y limitado. Necesita aliados que al menos le faciliten bases e infraestructura para la acción global, los cuales, a diferencia de Gran Bretaña en la era naval del siglo XIX, no posee efectivamente como colonias. Aún en 1973, cuando su poder dentro de la OTAN era mucho mayor, todos sus

aliados, a excepción de Portugal, se negaron a prestar sus aeropuertos cuando Estados Unidos quiso suministrar rápidamente armas a Israel. También es cierto que Estados Unidos no se involucra en la mayor parte de los conflictos de baja intensidad en los cuales se espera su intervención debido a que los votantes quieren la victoria, pero no desean pagar su costo con las vidas de soldados estadounidenses. Así pues, como se vio en Bosnia, la labor sobre el terreno es efectuada en su mayor parte por otros ejércitos, mientras Estados Unidos interviene con bombardeos aéreos ocasionales. Posiblemente la nueva era militar producirá un ejército para conflictos de baja intensidad tan bueno como lo fueron el británico y el francés y con la disposición necesaria para morir así como para matar. Este ejército aún no existe.

Tercero, es aún poco claro qué tanto puede conseguir la superioridad militar de los países del Norte frente a una situación cada vez más común en grandes partes del mundo, como los Balcanes, extensas regiones de África, y Asia: la desaparición efectiva de un sistema de Estados funcional. El Primer Mundo puede ganar batallas en contra del Tercero, y casi siempre lo hace, pero, ¿después qué? No puede contar con gobiernos locales amistosos para mantener la estabilidad, y ni siquiera puede recolonizar esos territorios, como algunos analistas desesperanzados han sugerido en relación con África, pues el secreto principal del éxito imperial del siglo XIX, la fragilidad de los gobiernos y la pasividad de la mayoría de las poblaciones de los países atrasados, se ha perdido para siempre. De cualquier forma, la amplia disponibilidad de armamento efectivo en todas las partes del mundo permite que minorías armadas y activas, aún entre pueblos por lo demás pacíficos, puedan, con

¹¹ Basta pensar en la crisis anglo-americana de 1895-6, cuando Estados Unidos insistió en su derecho unilateral a decidir la delimitación de las fronteras entre Venezuela y la Guayana Británica. Gran Bretaña cedió, pese a que en ese momento era indiscutiblemente una potencia mundial mucho más fuerte que Estados Unidos.

más facilidad que antes, poner en jaque a fuerzas de ocupación permanente mucho mayores y a un costo mucho más elevado para éstas. ¿Cuál Estado, diferente a Israel bajo el actual gobierno de dementes, está preparado para enviar a la mayor parte de su ejército en tiempos de paz a ocupar de manera permanente una región reacia y a costa de un flujo continuo de bajas? Ciertamente, no los Estados Unidos. En efecto, recientemente hemos visto la virtual retirada de las fuerzas armadas extranjeras de África, aún del ejército francés.

Así pues, el problema básico es hasta qué punto otros países puedan ser aterrorizados por la amenaza, y la realidad ocasional, de las bombas y los misiles de alta tecnología que Estados Unidos domina, y por la incursión ocasional de tropas especializadas de intervención como los Marineros y las Boinas Verdes. Probablemente la consecuencia más efectiva de este "gran garrote" sea el mantenimiento de la superioridad absoluta del poder de guerra estadounidense, previniendo que países potencialmente hostiles puedan desarrollar armas de alta tecnología por sí mismos, y quizás manteniendo a los aliados dependientes de la oferta de armamento estadounidense. A este respecto, las relaciones de Estados Unidos con Irak desde la Guerra del Golfo pueden servir como indicación de lo que depara el futuro; pero esas relaciones también muestran los límites de la estrategia estadounidense.

El Primer Mundo en general, y Estados Unidos en particular, aún enfrentan el problema de cómo defender su superioridad económica de la erosión que supone la transferencia de las principales actividades productivas hacia el Tercer Mundo. Esto no será un problema sino hasta que una potencia política y demográfica también se

convierta en una gran potencia económica, por ejemplo cuando China se de cuenta de sus inmensas posibilidades. En cualquier caso, hasta ahora sólo los más pequeños de los "Tigres Asiáticos" han estado a punto de saltar por encima de la brecha creciente de ingreso que divide a los países ricos de los pobres. Pero este no es un problema frente al cual la hegemonía política y militar de los Estados Unidos sea relevante. La principal garantía de la supremacía del Primer Mundo ha sido hasta ahora la peligrosa herencia dejada por la era del presidente Reagan y la señora Thatcher: esto es, la conversión de los principales organismos financieros internacionales a la creencia en la supremacía total de una empresa privada sin restricciones en un mercado global sin controles. Esta creencia no necesariamente durará, aunque en el presente favorece a Estados Unidos, que ciertamente usa su influencia política para mantenerla, especialmente en América Latina. Pero puede existir otra garantía de la supremacía estadounidense que puede sobrevivir a la creencia en un *laissez faire* sin limitaciones: es su creciente influencia, a partir de los años 70, sobre las reglas, convenciones e instituciones no oficiales de la economía global. Esta influencia puede perdurar luego del declive de la supremacía económica de Estados Unidos que determinó gran parte de su naturaleza. Las calificaciones crediticias globales de la firma Standard and Poor's seguirán determinando cómo y cuánto pueden pedir prestado los gobiernos, y Andersen Consulting definirá cómo deben operar las empresas, aún si Washington decide algún día volver a su proteccionismo tradicional y China llega a ser la economía dominante del Pacífico. Esas reglas y convenciones muy seguramente tenderán a favorecer a los centros de riqueza y desarrollo económico, dondequiera que estén. Por

supuesto, algunos de esos centros podrán haberse desplazado hacia lo que una vez fuera el Tercer Mundo. Y sobre la base de la pura racionalidad mercantil, esos centros no darán mucha atención a los rincones de la economía

mundial donde no hay mucho dinero que ganar: el mundo de los pobres, tanto pueblos como regiones. Y habrá muchos rincones de esos en el mundo.